

# El inspector<sup>1</sup>

José Luis Muñoz

- **V**enga, señor inspector. Es por aquí. La seguí. No forcé el paso. Con un *bypass* en el corazón y un enfisema no estaba para hacer heroicidades. Pasito a pasito subí los escalones de aquella tortuosa escalera y me detuve a descansar en cada uno de los rellanos. Odiaba aquellos pisos del ensanche, el que no tuvieran ascensor; odiaba a sus habitantes que vivían en ellos como cucarachas.

-¿Se cansa?

Era una mujer fuerte. Una campesina reciclada en la ciudad. Anchas caderas y piernas como columnas embutidas en medias negras. Dejaba detrás de ella un halo sórdido a lejía. Me acordé de que me dijo que era quien limpiaba la escalera. Pero no lo hacía bien. En los rincones en donde la luz no llegaba había montoncitos sinuosos de porquería y hasta creí ver, en mi ascenso, bandas de cucarachas celebrando la suciedad.

-Vaya delante, la sigo.

Fue delante. Pero me esperó en la puerta. Había dos por rellano. Algo me dijo que alguien miraba a través de la mirilla de la de enfrente, que nos acechaba sin atreverse a abrir. Tenía un sexto sentido que me indicaba cuando alguien me estaba mirando el cogote. Eso fue lo que me salvó precisamente cuando estaba en un bar de Bilbao, tomando tapas, y el terrorista se acercó sigiloso por la espalda. Esquivé el balazo mortal. Se hizo añicos la luna del bar. El desgraciado corrió y yo me quedé mudo, sin habla, temblando. Aquello me llevó al *bypass*, al tabaco, al enfisema. ¿Cuándo me darían la invalidez permanente?

La puerta estaba abierta y de dentro salía un olor que hacía bueno el de lejía que envolvía a la mujer de la limpieza. Chirrió el gozne. Reinaba el silencio y la oscuridad. Tanteé un interruptor.

-No hay luz. Se la cortaron por falta de pago.

---

<sup>1</sup> «El inspector» fue galardonado en el año 2002 con el premio Juan Rulfo al mejor relato policíaco que concede Radio Francia Internacional y el Instituto de México.

Llevaba una linterna. La prendí. Seguí el haz luminoso. Me di cuenta de que casi era mejor que no hubiera luz. Era una vivienda del Ensanche a la que no se le había hecho ninguna rehabilitación desde tiempos de Antonio Gaudí. El suelo estaba pegajoso, se prendía a las suelas de mis zapatos. Y el hedor crecía conforme avanzaba.

-¿La puerta ya estaba abierta?

-Sí.

-No me siga si no quiere, lo que voy a ver no va a ser muy agradable.

-Estoy acostumbrada.

-¿Acostumbrada?

-Trabajo entre muertos, señor. En el tanatorio de Sancho de Ávila.

-Ah.

El cadáver estaba en la cocina. Sobre una mesa de madera en donde habitualmente se preparaban tortillas, estofados o se apilaban los platos recién lavados. Tenía una posición extraña, como de crucificado, y un gran cuchillo de cocina clavado debajo del esternón. Hedía. Debía de llevar cuatro días y estaba a punto de albergar una cosecha de larvas. Me volví a la mujer de la limpieza que miraba el muerto sin alterarse en lo más mínimo.

-¿Cómo se llamaba?

-Era rumano. Creo que Romescu.

-¿Romescu? Eso es una salsa.

Abrí la ventana. Entró dentro de la cocina el aroma de las cenas que se estaban cocinando en el patio de vecinos. Subían los olores de tortillas, estofados de alubias y un cordero al chilindrón. No tenía nada de hambre.

-¿Vivía solo?

Le enfoqué el rostro con la linterna. Vi que era rubio, que era gordo, o quizá sólo se trataba de la hinchazón de la muerte, que tenía la camisa abierta, el pecho barbilampiño y un tatuaje curioso entre las tetillas.

-Con una china.

-¿Con una china?

-Sí, con una china. No sé, una oriental. Pero hablaba español bastante bien.

-¿La conocía?

-Sí, claro. De hablar en el portal.

-¿China? Sería sudamericana. ¿No tendrá un cigarrillo?

-¿Pero no tiene un enfisema?

-¿Y qué?

No fumaba. Dejamos el escenario del crimen. Pasamos a visitar otras habitaciones. La mujer me seguía como una sombra. La olía, sobre todo. El dormitorio era un pequeño desastre. Yo era desordenado, pero el Romescu ése que estaba tendido sobre la mesa de la cocina me ganaba con creces. Montones de calzoncillos, de calcetines, desaparejados, pantalones del pijama y *kleenex* hechos bolitas por el suelo. ¿Quién lo había matado? La china, por supuesto. ¿Por qué? ¡Vaya usted a saber! Por desordenado,

por ejemplo. Había un balcón. Fui a abrir la puerta, pero un grito me detuvo. La mujer de la limpieza me cogió por el brazo con fuerza. No me agradaba tanta intimidad.

-No salga al balcón. Puede desprenderse.

-¡Vaya casa!

Era la mujer. La compañera. La amante. ¿Dónde estaba?

-¿Y la china? – decidí que era oriental, aunque seguro que era sudamericana, nicaragüense o ecuatoriana.

-Hace tres días que no la veo, inspector.

Seguía investigando por el piso. Los del depósito tardaban una eternidad. El juez se presentaría cuando le diera la gana. Los del departamento de huellas los oía subir por la escalera, farfullando.

-¡Joder! ¿Y la luz?

Los enfoqué con mi linterna. Les di un buen susto. Sacaron sus revólveres instintivamente y me apuntaron a la cabeza.

-Soy Trigo. Abajo esas armas. Cortaron la luz. ¿Traéis velas?

-¡Hombre! ¡Trigo Limpio! Creía que te habías jubilado. ¿Y esa señora?

-La mujer de la limpieza. El cadáver está en la cocina. Presumo que lleva tres días muerto. Crimen pasional. Tiene un cuchillo de cocina clavado en el pecho. Su amante ha huido. Una sudamericana que es la principal sospechosa.

Entraron en el piso mientras yo me quedaba en el rellano con la mujer de la limpieza que no tenía tabaco. Allí la luz era mortecina. Miré el suelo. Aquel suelo no se limpiaba desde hacía semanas. ¿Qué limpiaba?

-Por cierto. ¿Cómo se llama?

-Amparo.

Bonito nombre para una de su oficio. Calibré la edad que tenía. Cuarenta y cinco o cincuenta años. Un par de hijos, o tres, alguno enganchado a las drogas. Un marido que nunca estaba en casa, en el paro, borracho. Me entretenía imaginando la vida de la gente. Tenía que haber sido escritor antes que policía.

-¡Trigo!

Me llamaban. ¿Qué querían? ¿Se habían quedado con la mano del cadáver mientras le tomaban las huellas?

-Ahora vuelvo.

Entré de nuevo en la sórdida vivienda. Vi un halo de luz en el dormitorio. ¿Qué coño estaban haciendo allí si el muerto los esperaba en la cocina?

-Mira esto.

No había inspeccionado el armario. ¿Para qué si toda la maldita ropa estaba hecha un ovillo en el suelo? Había colgados una gran cantidad de abrigos. Algo insólito, pues eran abrigos caros. ¿Robados? Pero mis colegas querían que mirase otra cosa.

-Esto, Trigo.

Había una mujer desnuda, doblada por la mitad. Una mujer pequeña y de piel pálida, atada con los brazos a la espalda. La habían ahogado con la bolsa de plástico transparente que encapuchaba su cabeza. Y la habían golpeado, para que muriera antes. Había sangre en el plástico, sangre negra. La enfoqué también con mi linterna con un presentimiento. La china. O la sudamericana.

-Lo tenías todo –me dijo García, con guasa.– Aquí está tu sospechosa. Muerta.

No dije nada. Salí de allí. Me ahogaba tanta muerte y podredumbre. Iría al médico. No estaba para esos trotes. Ni para aguantar las impertinencias de los niños que llegaban al cuerpo y se creían dioses. Amparo se removía nerviosa en el rellano.

- La china está muerta en el armario –le dije -. La ataron y la ahogaron con una bolsa de plástico. ¿Por qué? ¿Para robar los abrigos? ¿De qué vivían?

-Yo no lo sé, señor inspector.

-Carajo. ¿No hablaba usted con la china? – lamenté mostrarme tan brusco. No tenía tacto con las mujeres. Por eso me había abandonado mi primera mujer, por eso me habían abandonado dos amantes. Ni tacto ni dinero, luego, ninguna virtud.

-Perdone, señor inspector. Sólo «buenos días» o «buenas tardes».

-¿Quién más venía por el piso?

-Pasaba mucha gente.

-¿Qué clase de gente?

-De todo pelaje. Gente de mala catadura.

-¿Con cara de mafiosos? ¿Eso quiere decir?

-Sí, señor inspector.

Miraba la otra puerta del rellano. El ojo no dejaba de observarnos. Estuve tentado de llamar y decirle que se dedicara a otra cosa. ¿Quién sería? Quizá sabría algo. Llamé. El ojo desapareció, por ensalmo, pero no oí pasos detrás de la puerta.

-No le abrirá -me dijo Amparo.

-¿Por qué?

-Es una mujer sola que nunca abre a nadie. Yo no sé ni que aspecto tiene.

-Pues a mí me va a abrir –aporréé furioso la puerta, con la palma abierta, lo estuve haciendo hasta que me dolió. Tendría que llevar un mandamiento judicial y un par de bomberos con hachas para interrogar a esa vieja chiflada.

-Le dije que no le abriría.

Me senté en el suelo. Empezaba a sentirme bastante cansado. Miré el reloj. Las doce de la noche. A esas horas tenía que estar delante del televisor, viendo una película de cine negro y paladeando una cerveza, y estaba en aquella casa ruinoso infestada de cucarachas, cadáveres y mujeres chifladas.

- ¿Se encuentra mal?
- No es nada. El corazón.
- Pues tiene mal color.
- ¿De veras?
- Sí, como verdense.
- ¡Joder!

Era muy aprensivo. Bastaba que alguien me dijera que tenía mala cara para que enfermara. Permanecí en el suelo, con la cabeza entre las rodillas. Así recibí al señor juez.

- Perdone que no me levante. No me encuentro bien.
- Pues váyase a casa.

Odiaba a los jueces. Venían cuando les daba la gana. Si estaban comiendo, esperaban a terminar para levantar un cadáver. Si estaban en su casa de veraneo, teníamos que aguardar a que regresara. Y nos despreciaban. Pasó adentro. Salió enseguida. ¿Cómo tuvo tiempo de inspeccionar los dos cadáveres? Luego, por fin, llegaron los de los servicios funerarios, dos tipos charlatanes que fumaban como descosidos y bajaron los cuerpos encerrados en bolsas de plástico con asas; primero uno, luego otro.

- ¿Qué, Trigo? ¿Te vienes a tomar una copa?

García y su tocayo estaban apoyados contra la pared y fumaban sendos pitillos. Habían cerrado la puerta del piso, la habían precintado con una banda de plástico roja.

- Paso. No tengo un buen día.
- ¿Quieres que te acompañemos a casa?
- No. Iré caminando. Me despejaré.

Marcharon. Estaba solo. La mujer de la limpieza había bajado cuando subió el juez. Descendí despacio los escalones. Debía detenerme en cada rellano a descansar. Estaba peor de lo que me pensaba. Busqué en la chaqueta las pastillas para el corazón, tomé una con la mano temblorosa, me la coloqué debajo de la lengua. El efecto psicológico fue inmediato. Resoplé. Seguí bajando. Veía cucarachas por todas partes. Amparo no limpiaba aquella escalera, estafaba a los vecinos.

- Señor inspector.

Estaba ya con el pomo de la puerta de la calle, dispuesto a salir y regresar a casa, cuando aquella voz conocida, que salía de la penumbra, me detuvo. Amparo. ¿Pero no se había marchado a su casa?

- ¿Qué ocurre?

De nuevo el perfume de lejía, que la delató, antes de que saliera de la oscuridad.

-¿Quiere que le acompañe a su casa? ¿Se encuentra bien? Es que me hace sufrir mucho, Dios mío, que a mi marido se lo llevó un arrechucho.

Volvía a sentirme mal. ¿Para qué me servía el maldito corazón? Un músculo inútil, que cada vez funcionaba peor. Tenía que hacer ejercicio,

pero la hernia discal me lo impedía. Estaba hecho una ruina. Material de desecho. A veces pensaba que lo mejor era meterme el cañón de la pistola en la boca y terminar. Pero no lo hacía. No quería darle esa alegría a la Seguridad Social. Que me pagara la pensión, los médicos, las hospitalizaciones. No me di cuenta, y Amparo me tenía cogido amorosamente del brazo y me sacaba a la calle.

-Vamos, ande, déjeme que le acompañe, y hablamos del crimen por el camino.

-¿Pero a usted no la esperan en casa? ¿Se ha dado cuenta de la hora que es?

-No sea chiquillo, inspector. Yo puedo andar por la calle sin ningún peligro. Y ya le he dicho que no tengo marido. En cuanto a los niños, ya son unos *ganapios*. ¡Que se espabilen!

Hay mujeres con espíritu maternal. La mala limpiadora era una de éstas. Me dejé llevar por ella. No me soltó el brazo en todo el camino. El recorrido se me hizo largo, insoportable, agotador. Quería que le explicara mi vida, los crímenes más horrendos que había investigado, y hube de inventar para contentarla. Parecía tan fascinada como yo aburrido.

-¿Y el terrorista no le disparó otra vez?

-No, por suerte: se acojonó.

Llegamos a mi portal. También era el Ensanche, pero otra categoría. El piso antiguo de mis padres, una vivienda de alquiler de más de doscientos metros cuadrados que había pasado a su hijo.

-Bueno. Pues ya estamos. Y gracias por acompañarme, pero ya me encuentro bien.

-No, le subo a su casa.

-No es necesario. Tengo ascensor.

-Que le he dicho que subo con usted.

Estaba muy débil para discutir. Moví la cabeza, desalentado, derrotado. Busqué en mis bolsillos la llave y abrí la puerta. Entramos en el portal.

-¿No les hace falta una mujer de la limpieza para que arregle esto?

¡Qué cinismo! Mi escalera estaba como los chorros del oro al lado de la suya. Llamé al ascensor. Entonces, mientras subíamos, vi algo que me alarmó. Amparo se miraba en el espejo del ascensor, durante el trayecto, se pellizcaba las mejillas y se arreglaba el vestido.

-Bueno, no tengo gran cosa en casa –me excusé-. Pero un coñac si que hay.

-Me gusta el coñac.

Entramos y fui encendiendo todas las luces a mi paso. Ella me seguía. Ella ya se había convertido en una pesadilla. Me asustaban las mujeres, me dominaban, no conseguía enfrentarme a ellas y salir airoso, y ellas debían olerse que yo era una presa fácil.

-¡Qué casa más grande tiene, inspector! ¡Y qué bonita! Pero le hace falta una mujer de hacer faenas, porque tiene el suelo bastante sucio.

¿Me pedía empleo? Lo último. Hube de enseñarle toda la casa. Me dijo que en la cocina se podía bailar. Pasamos al dormitorio.

-¿Y aquí duerme usted solito?

-Casi siempre. ¡Ejem! Tomamos el coñac.

Pasamos al salón. Levanté la persiana con cuidado, temía quedarme con la cinta en la mano el día menos pensado. La casa estaba en un chaflán y desde el balcón se divisaba casi toda la calle Enrique Granados hasta cerca de la Universidad. Fui al mueble bar, cogí la botella, dos copas y las llené. Amparo cogió la suya y la vació de un trago. Volví a llenársela.

-¿Y quién cree que los asesinó?

-Mañana pensaré en ello, en la oficina.

-¿A qué hora entra?

-Mañana tarde, a las doce del mediodía.

-¿Me va a interrogar oficialmente?

-¿Qué quiere decir?

-Que si me va a poner en una silla, con una lámpara enfocándome los ojos y me hará preguntas con tono amenazador.

-Eso es en el cine. A usted no la citaré. Ya me ha dicho lo que sabe.

-¿Usted cree?

Empecé a preocuparme. La miré a la cara. Pero estaba en un lugar del salón en donde su rostro era una mancha oscura, sin rasgos, sin ojos. Yo estaba sentado, y ella permanecía de pie, junto a la puerta del salón, con la copa de coñac en la mano. De pronto adoptaba una pose misteriosa que no me gustaba, que no me cuadraba con su modesto oficio de limpiar escaleras.

-¿Qué me diría si le digo que sé bastante más?

-¿Cómo qué? – dije con impaciencia, vencido por el sueño, optando por no beber más.

-Como que Romescu mató a la china.

-¿Romescu?

-O Popescu, como se llame ese hijo de puta.

Me revolví inquieto en el sillón. No era correcto que se hablara en términos tan ofensivos de un cadáver.

-Creía que usted no conocía a la víctima.

-¿Víctima? Verdugo.

-¿Por qué me dice que mató a la chica? ¿Porque no fue el mismo que lo asesinó a él quien ahogó a la muchacha?

-Se lo comían los celos.

-¿A Romescu? – ya lo llamaba, en mi aturullamiento, como la famosa salsa.

-Era un hombre rudo, de esos que no comprenden las amistades entre mujeres.

¿Era efecto del coñac todo lo que estaba oyendo? Necesitaba un cigarrillo urgentemente. O quizá una buena dosis de aspirinas. Salió de las sombras. Entonces me fijé bien en su cara. ¿Por qué no lo había hecho antes? Bueno, sí, la había mirado, pero sin verla, como se hacía a las mujeres invisibles.

Ahora sí que estaba en disposición de diseccionar cada uno de sus rasgos. Tenía unos ojos redondos, oscuros, una nariz recta, grande, una barbilla cuadrada, fuerte, un cuello robusto. No era guapa, porque no lo era, pero tenía un cierto atractivo morboso, o es que yo me estaba muriendo y perdía la razón.

-¿La china era su amiga?

-Y él no lo soportaba.

De tarde en tarde, en mi trabajo, tenía que vérmelas con seres paranoicos. No eran los desquiciados mis favoritos. Amparo avanzó hacia mí. Me fijé entonces en una serie de malditos detalles en los que anteriormente no había reparado. Su figura, por ejemplo, que era sinuosa, recia, pero no desprovista de encanto. Sus brazos, que eran fuertes. Tragó saliva. Se aproximaba despacio, eternizando su acercamiento, con una mano a la espalda y la otra con la copa de coñac. Quise hablar, puesto que ella había enmudecido, para aliviar la tensión mientras trataba de recordar dónde había dejado la pistola al entrar, pero no me salía la voz. Distaba ella un metro escaso y me llegaba, como si fuera anestesia, su perfume a lejía. Un policía nunca debe dejar su arma. Empecé a calcular mis posibilidades. En una lucha cuerpo a cuerpo no tenía muy clara la victoria. Amparo era fuerte, y si había conseguido hundir hasta la empuñadura el cuchillo de cocina en el pecho de Romescu no le iba a costar mucho hacer lo propio conmigo. Le soltaría un puñetazo a la cara, para aturdirlo, y correría a buscar la pistola. Ahora lo recordaba. La había dejado en el dormitorio.

-¿Está haciendo una confesión? Mejor que la hagamos mañana en mi despacho. De todas maneras, buscaremos un buen abogado. Siempre hay algún eximente.

-Oiga, que no estoy loca, ¿eh?

El que estaba loco era yo. Loco y ridículo. ¿Por qué la había dejado entrar en casa? ¿Qué dirían los periódicos del caso? ¡Lo que se reirían los niños de mí!

-Este piso necesita una limpieza a fondo. ¡Y usted!

Respiré con alivio. Dejó la copa en la mesa y mostró aquel brazo oculto que tanto me había hecho sufrir. No llevaba ningún maldito cuchillo. Me había dejado asustar como un bicho. Tantos años en la policía, al borde la jubilación, y una simple mujer de la limpieza había estado a punto de descolocarme. Se sentó a horcajadas sobre mis piernas, y entonces intuí lo que quería. Sexo. Aquella mirada perdida, aquella insistencia en cuidarme, en acompañarme hasta casa, en inquietarme y en hacerse la misteriosa, era por eso, para satisfacer el fuego que le quemaba entre las piernas. Pesaba. Era grande, voluminosa, y dudaba que pudiera con ella como no fuera con una cierta ayuda. El enfisema y el corazón habían mermado mi apetito sexual. Y el olor a lejía de ella no lo estimulaba. Ni sus piernas macizas, como columnas, que se cerraban sobre las mías. Comenzó a

batirme el corazón con fuerza mientras colocaba sus labios sobre mi boca. Iba muy rápida. No se desnudaba, ni me desnudaba. ¿Qué clase de coito iba a ser aquél? Me besó con fuerza, con brutalidad, como si el hombre fuera él y yo la hembra. Fue un beso largo, infinito, angustiante. Sólo me besaba. Me faltaba el aire, y ella seguía besándome. Protesté, pero mi voz se ahogaba dentro de sus labios, en su garganta. Moví la cabeza, para huir de aquel beso, pero entonces ella me cogió bruscamente con ambas manos, las aplastó contra mis mejillas, como dos planchas, me inmovilizó la cabeza y siguió su beso eterno, aspirando de mi garganta el poco aire que me quedaba.

Veía a los niños desternillándose de risa. Eso era lo que más me enfurecía. Y no cobrar la pensión. 